

La complejidad de la ‘prólepsis’ en D. Laercio X,31

SANTIAGO GONZÁLEZ ESCUDERO (†)
Universidad de Oviedo

1. El enfoque de la pluralidad en D.L.

Sin duda alguna, la obra de Diógenes Laercio merece una mención especial siempre que se requiera hablar del problema de la pluralidad y complejidad en la Filosofía¹, y más concretamente en la transmisión de doctrinas filosóficas divergentes cuando no enfrentadas entre sí.

Diógenes Laercio es un resultado tanto de la industria del libro como de la era de la erudición iniciada por la tradición de Teofrasto en la Biblioteca de Alejandría y continuada hasta ahora al menos en la difícil elaboración de manuales que recojan las posturas filosóficas sin que necesariamente transmitan el punto de vista doctrinal del autor. Cosa que no ocurre con otros transmisores como Plutarco, Sexto Empírico o incluso Cicerón.

Se podría hablar de los defectos asociados a un procedimiento acumulativo de la información que no siempre tiene debajo una metodología única y coherente, como también del intento de captar a los posibles lectores mediante la anécdota y la escasa atención a criterios mínimamente serios para discernir lo auténtico de lo apócrifo. Incluso es posible aducir desorden, mezcla y recogida de opiniones disparatadas cuando no tiene a mano fuentes fiables o le fallan todas por haberse planteado una recogida cronológica de filósofos y doctrinas tan extensa que jalone toda la Antigüedad sin resquicios en blanco.

Sin embargo también es un ejemplo de capacidad de síntesis y de organización a la hora de enfocar una doctrina de difícil transmisión.

Me refiero a un pasaje concreto del libro X de su obra, donde se ve obligado a dar una guía apresurada de los procedimientos gnoseológico y epistemológico de Epicuro, al que se dedica en toda su integridad este libro –único filósofo que recibe tan amplio desarrollo en esta obra–, que de otra manera resultaría por completo ininteligible para un lector profano².

¿Por qué ese cambio ante la doctrina epicúrea?

Sencillamente porque el método de aprendizaje doctrinal en los epicúreos formaba parte fundamental de su filosofía. Y dicho método comprendía las síntesis orientadoras como un manual de

1 Sobre la técnica y habilidad de Diógenes Laercio vid. M. Gigante, «Biografía e dossografia in Diogene Laercio», en *Elenchos* 1986, fas. 1-2, pp. 6-102, principalmente el capítulo dedicado al libro X, ‘catarsi del metodo espositivo’, pp. 93-97.

2 Exposiciones de la doctrina contenida en el libro X se pueden ver, entre otros, en C. García Gual, *Epicuro*, Madrid, Alianza Editorial, 1983 y E. Lledó, *El epicureísmo*. Edit. Montesinos. Barcelona, 1984.

instrucciones para la formación sistemática, concebidas a modo epistolar, de manera que, para ello, los filósofos del Jardín reforman el procedimiento de la Academia, donde las cartas eran modelo de justificación personal, y pasan a convertirlas en descripción y orientación. Las cartas enfocan la complejidad del epicureísmo y lo convierten en algo fácil de asimilar, esto es, en instrumento y objeto propio de una doctrina atomística: átomos que se mueven, chocan y se entrelazan en el vacío para construir imágenes y modelos. La imagen de partida la proyecta el destinatario-lector de la carta, cuya actitud queda condicionada tanto por la necesidad de hacer visible su buena disposición o actitud adecuada para la recepción de la doctrina como por la sucesión de las imágenes o modelos que la propia carta va desplegando en su imaginación. La predisposición forma parte de la transmisión doctrinal, como la sensación de amistad y de intercambio intelectual garantiza la comprensión y buena utilización de lo aprendido. El método se complementa con las máximas o recetas de aplicación inmediata que se deben manejar con rapidez.

Todo eso lo dice Diógenes Laercio, pero no hasta X, 28, 29. Pues desde el comienzo del libro hasta este pasaje utiliza su propio modo de proceder, que no el epicúreo, de manera que combina datos biográficos, anécdotas, críticas, informaciones divergentes, listas de discípulos, lista de la gran cantidad de obras que escribió Epicuro e incluso su testamento para satisfacción de lectores morbosos. También incluye un epigrama de Ateneo y otro de él mismo, cosa que hace con todos los filósofos. Me ahorro la comparación de ambos y, desde luego, aprovecho para decir que me estoy siempre refiriendo al Diógenes Laercio organizador y transmisor en prosa de doctrinas filosóficas.

Sin embargo en X 28,29, cuando pasa a hablar de la doctrina, explica un cambio de procedimiento:

«Su opinión en esos libros intentaré sacarla trasladando tres cartas tuyas en las que ha sintetizado su filosofía. Pondremos asimismo sus Opiniones Principales y alguna otra cosa que parezca digna de ser referida, de manera que tú puedas asimilar ese personaje por todas partes y ser capaz de juzgarlo»

2. La explicación doctrinal como síntesis de pluralidades

A partir de aquí es en donde tiene que dar unas pautas fundamentales de los criterios de verdad que permiten reorientar epistemológicamente, esto es, con armas conceptuales idóneas, la capacidad gnoseológica del lector para seguir los planteamientos que Epicuro transmite en las cartas. Esto es, Diógenes Laercio pretende asegurar que su lector, gracias a su mediación, podrá quemar las etapas que en el Jardín creaban el ambiente adecuado para la exposición doctrinal y el aprendizaje de las Máximas del maestro.

Luego, en las escasas once líneas que van de 29,9 a 30,10, organiza el Epicureísmo en sus partes estructurales de manera impecable:

1. Doctrina y obra se distribuyen en canónica, física y ética, a las que corresponden los libros que escribió y, respectivamente, cada una de las tres Cartas que la resumen
2. La canónica es la introducción a la doctrina (*‘éphodous epì tèn pragmateían’*); la física constituye la doctrina propiamente dicha y la ética trata «de elección y rechazo», o sea, de su aplicación. Así la clasifica Laercio y la relaciona con las obras.
3. Amén de clasificaciones externas de bibliófilo, reconoce Laercio que de hecho («acsotumbran, sin embargo...») a organizar lo canónico con lo físico, de manera que es una prepara-

ración «acerca del criterio y principio»; luego la física, además de acerca de la naturaleza, trata sobre generación y destrucción; en cuanto a la ética, le corresponde en definitiva trata acerca de los modos de vida y del fin.

Un paso más, a continuación, lo da cuando señala que los epicúreos consideran a la dialéctica superflua. La explicación, concisa, muestra la influencia de Aristóteles sobre el concepto de dialéctica –ya que ésta, tal como aparece en los *Tópicos* y en el comienzo de la *Retórica*, es reducida a un modo de organizar el discurso– de manera que no sirve para nada «pues dice que a los dedicados a la naturaleza les basta con proceder de acuerdo con los sonidos de las cosas» (31,2).

El rechazo de Epicuro a la dialéctica no es un simple detalle de su doctrina, cuando la Dialéctica es para todo el mundo o la Filosofía propiamente dicha (Platón) o, cuando menos, un elemento fundamental de reorganización del pensamiento para el discurso (Aristóteles). ¿Cómo se puede, pues, decir que la Dialéctica es superflua y es suficiente con la diferencia de sonidos de las palabras para no confundir las cosas? Y si esto es así, ¿qué seguridad cabe de que estamos tratando con lo real y no engañándonos por ignorancia?

3. La invención de la 'prólepsis'

Éste es precisamente el punto en el que vamos a comprobar la habilidad de Laercio para enfrentarse a una complejidad conceptual en la que tradicionalmente él mismo ha quedado como la única referencia fiable, de manera que, aunque en las cartas el propio Epicuro explica la cuestión, la clave sigue manteniéndose en la precisa explicación del transmisor.

Me refiero a la cuestión de los denominados 'criterios de verdad', aunque mejor sería considerarlos 'criterios de realidad' o 'criterios de autenticidad', si bien el nombre ahora no nos interesa demasiado.

El pasaje (31,4-6) dice así: «Pues bien, en *El canon* es Epicuro quien dice que son criterios de realidad las sensaciones ('aisthéseis'), las prefiguraciones ('prolépseis') y las alteraciones ('páthe'), y los Epicúreos dicen que también las proyecciones del pensamiento ('epibolàs tês dianóias')» Y a continuación lo confirma con las propias palabras de Epicuro (31,6-32,13) en la *Carta a Herodoto* y en las *Máximas principales*.

Retoma, entonces, la palabra Laercio para remachar (33,1-11) la novedad que introduce Epicuro para evitar la Dialéctica, esto es, las «prefiguraciones»:

«Dicen que la prefiguración es como una apropiación ('katálepsin'), opinión correcta ('dóxan orthén'), concepción ('énnoian') o intelección general asentada, o sea, un recuerdo de aquello que apareció afuera muchas veces, por ejemplo: «Eso es 'hombre'»; pues a la vez que se pronuncia 'hombre' al punto por prefiguración también la impresión de éste es pensada con la guía de sensaciones previas. En consecuencia, lo primero que está asignado bajo toda palabra es perfectamente claro. No podríamos buscar lo que busquemos si no lo hubiéramos conocido anteriormente. Por ejemplo: 'Si aquello a lo lejos es un buey o un caballo' pues es necesario haber conocido por prefiguración en alguna ocasión la forma de caballo o de buey; no podríamos dar nombre a algo si no hubiéramos aprendido previamente por prefiguración su impresión. Por esa razón las prefiguraciones son perfectamente claras; y lo opinable se organiza a partir de algo anterior muy claro a lo que nos estamos refiriendo cuando hablamos.»

El punto álgido viene del lado de las prefiguraciones, que es un término introducido por primera vez por Epicuro para poder completar el cuadro del automatismo producido por el choque o impresión de los átomos sensoriales que necesita ser transmitido hasta alterar los movimientos del alma y generar la aceptación o el rechazo.

Da la casualidad de que Crisipo tomó este concepto para la filosofía estoica, tal como el propio Laercio, en la vida de Zenón que a la vez le sirve como análisis del conjunto de doctrinas estoicas, de manera muy sintética señala (VII, 54, 1-7): «dicen que casualmente es criterio de realidad la imagen que se puede captar ('kataleptikén phantasían') procedente de lo que hay, como dice Crisipo...Boeto deja más criterios; intelecto, sensación, apetito y conocimiento. Pero Crisipo, difiriendo de éste...dice que son sensación y prefiguración: la prefiguración consiste en un contenido mental natural ('énnoia physiké') de lo general.»

No hay duda de que toma este concepto de prefiguración de Epicuro. La palabra es la misma y hay opiniones para todos los gustos acerca de que el concepto lo es también. Como también hay opiniones diversas acerca de si Laercio ha explicado bien o no este concepto.

4. El rendimiento filosófico de este concepto

Curiosamente Laercio utiliza 'prólepsis' sólo en los lugares que hemos citado. Anteriormente no aparece esta palabra, aunque más adelante hablemos algo sobre construcciones similares hechas sobre todo por Platón, y recordemos que la necesidad filosófica de este término viene condicionada en Epicuro en su demostración de la inutilidad de la Dialéctica. Asimismo podríamos decir que es la teoría platónica de la 'anámnesis', tal como se defiende sobre todo en el *Menón*, la que obliga a tales extremos³, pues es el punto de conexión entre las cosas y el mecanismo funcional de las ideas, de donde sale el fundamento de las mismas o el concepto de 'bien'. También hay que tener en cuenta el concepto aristotélico de 'phantasia', si bien eso afecta más a la deducción de Crisipo.

Los filósofos y comentaristas posteriores no sólo utilizan este término sino que asistimos a un verdadero abuso del mismo: más de 750 veces aparece, incluso en comentarios de las doctrinas de Platón y de Aristóteles que nunca lo usaron. Por ejemplo, una sola obra de Proclo, como los *Comentarios a la República de Platón* la aplica en cuatro ocasiones (I,131,30; 1,139,13; II,158,24; II,355,7), amén de otras diez veces más en otras obras. Sin embargo hay que agradecerle algo de suma importancia para comprender el sentido primitivo del término, y es que cuando se sale de los dos únicos ejemplos de prefiguraciones que ponía Epicuro, los dioses y el tiempo, añade el adjetivo 'koinai', «generales», lo que demuestra que no se sobreentiende en el propio concepto como piensan la mayoría de los usuarios, estudiosos del epicureísmo incluidos, como Rist⁴.

También hay que decir en descargo de Plutarco, uno de los que con más frecuencia usa este término para referirse a cualquier contenido mental sin mayores precisiones, que sin embargo utiliza este adjetivo 'koinai' para reforzar las 'prefiguraciones', cuando éstas se identifican con 'nociones comunes' (vid. *De Stoicorum repugnantibus*. 1041 F 3. y cfr. con 1041 E 5 donde utiliza 'emphútwv', «naturales»).

Para más datos podemos comprobar en los pasajes de Simplicio: *Com.a De Caelo* VII,30,18, aplicándolo a la técnica del silogismo; VII,116,6, en relación con la percepción y *In Arist. Categ.*

3 Un análisis más detallado de este procedimiento y su relación con Aristóteles en S.González Escudero, «La representación homérica en la 'anagnórisis' de Aristóteles», en *Studia Philosophica* III, Oviedo 2003, pp. 205-227.

4 J.M. Rist, *Epicurus*, Cambridge 1972, pp. 26-30.

VIII, 21.22 ss. donde señala la gran utilidad de las prefiguraciones en el caso de palabras que coinciden en la combinación ('sumploké') de las letras pero difieren en el significado. O sea, que lo aplica con toda confianza, sobre todo a partir del uso estoico del término.

No es el caso de aburrir añadiendo los usos que tiene Sexto Empírico, transmisor importante de esta doctrina tanto epicúrea como estoica (vid, *Pyrr.Hypot.* I,211,4; 225,2; II,246,2; *Adv.Mathem.* VII,443,4, etc.) o de la enorme lista de escritores cristianos que se añaden a la lista.

Mención aparte merecen el uso que de este concepto hacen los filósofos epicúreos, como Filodemo y Lucrecio, por una parte, y Cicerón como transmisor de la doctrina y del término, por otra. Todo ellos son responsables de una evolución doctrinal del concepto en la que tiene mucho que ver el especial papel del lenguaje poético en la función representativa del lenguaje que, para un atomista epicúreo, se corresponde con el impacto impresivo de sonidos y palabras. De esa manera utilizan lo que Aristóteles dice en la *Poética* y en la *Retórica* acerca de la capacidad de 'mímesis' de la poesía y de la incorporación del 'êthos' a la fuerza intencional del discurso, respectivamente. Lucrecio lo aplica de manera magistral a sus metáforas de forma que las 'notiones', que es el equivalente latino usado por él para 'prolépseis', constituyen verdaderos mecanismos de impacto más que vagas generalidades, que es en lo que en otros casos ha degenerado este término.

Cicerón, por su parte, explica así el término «Notionem appello, quod Graeci tum *ennoian* tum *prolépsin* dicunt: ea est insita et ante percepta cuiusque formae cognitio» (*Top.* 7, 31) y repite la definición en muchos pasajes más. De todos ellos se llega a la consideración de que se trata de «ideas innatas», de manera que Cicerón entra en conflicto con lo que dice Laercio. Así opina al menos una larga serie de estudiosos de la Filosofía Griega. Por ejemplo, uno de los mejores intérpretes del atomismo, como C. Bailey⁵, se resiste a reconocer la contradicción pero acaba por alinearse contra Laercio; De Witt⁶ capitanea esta posición, que además enfrenta a estoicos con epicúreos. Algo parecido hace Furley⁷. Esto por no mencionar los intentos de 'maquillar' el problema por parte de W.Lieblich⁸ que mete en esa danza también a Filodemo y sobre todo de A. Manuwald⁹, la obra más documentada sobre este tema, pero que, tras cuidadoso análisis, llega a la conclusión de que las 'prolépseis' no son más que ideas generales y que lo realmente importante es la vinculación de las sensaciones con los nombres.

No vamos a seguir con la lista de nombres. Sobre la postura de Laercio podemos reconocer que es la que tradicionalmente apuntan los lexicógrafos griegos para explicar este concepto, como puede comprobarse en el léxico de la Suda, por ejemplo.

Por otra parte, es ridículo oponer la postura de Cicerón, como ya señaló Rist¹⁰, que en ningún caso admite lo de ideas innatas. Asimismo hay que reconocer la transcendencia del concepto, que ha pasado a la filosofía de la mente¹¹ o a la lógica de la computación, manteniendo, eso sí, todo el sentido que reconoce aquí Laercio¹².

5 Cyril Bailey, *The Greek Atomists and Epicurus*. Oxford UP, 1928, pp. 244ss.

6 De Witt, *Epicurus and his Philosophy*, Minneapolis 1954, pp. 142-150.

7 D. Furley, *Two Studies in the Greek Atomist*, Princeton 1967 p. 206 y un poco más suavizado en la n. 6 p. 209).

8 W. Lieblich, «Ein Philodem-Zeugnis bei Ambrosius» en *Philolog.* 98, 1954, pp. 116-131.

9 A. Manuwald, *Die Epikurs Prolepsislehre*, Bonn 1972.

10 Rist, op. cit. pp. 165-167.

11 Cfr. vid. J. Bransen (1998). «Making X Happen. Prolepsis and the Problem of Mental Determination.» En Bransen, J., & Cuypers, S. *Human Action, Deliberation and Causation*, pp. 131-153.

12 Cfr. la Tesis doctoral de D.J.Clark *Enclosing the Field. From 'Mechanisation of Thought Processes' to 'Autonomics'* en el Departament of Computer Sciences de la Universidad de Warwick en setiembre 2002, en las pp. 14-25.

5. Conclusión que defiende la explicación de Laercio

En primer lugar hay que explicar la traducción que hago de ‘prólepsis’ por «prefiguración» –según el DRAE, «representación anticipada de algo». Así evitamos traducciones como «noción», «anticipación», «nociones generales», etc., que acumulan problemas filosóficos más que soluciones. Pero entendemos que «prefiguración» se refiere, por tanto, lo mismo al condicionamiento natural que conduce a un funcionamiento tan automático como el del corazón o de los pulmones como al resultado de dicho funcionamiento, que, en el atomismo es una impresión. Proceso y resultado lo indica también la «prefiguración» estoica¹³.

La explicación que da Laercio sobre Epicuro deja claro que la «prefiguración» es el condicionamiento natural que el compuesto atómico que es el ser humano posee para canalizar las percepciones sobre la combinación atomística asimismo formada por los sonidos en las circunstancias originarias de la formación de palabras. En los estoicos la «prefiguración» obedece a una «imagen colonizadora», por así decir.

El rechazo de Epicuro a cualquier intento de separación de las voces originarias en los conceptos tiene una clara relación con el automatismo de las «prefiguraciones», pero dificulta la comprensión de la poesía, de la metáfora y de cualquier utilización de la doctrina que se aparte de la repetición de las palabras del Maestro memorizadas rigurosamente.

La aportación que recoge Filodemo posteriormente y que refleja Lucrecio¹⁴ en su interpretación de las ‘notiones’ epicúreas, como también aparece en Cicerón, explica que Laercio diga que los epicúreos añaden a los criterios de verdad las «proyecciones del pensamiento». Por supuesto, como se trata de una doctrina atomística, refleja de manera automática los precedentes establecidos en el propio compuesto humano. La doble desviación, la que va del mecanismo a la obra y la que va de ésta al mecanismo, explican el efecto «impresionante» de las imágenes: como las de los sueños y las de los dioses o la del tiempo.

Para mantener este efecto Diógenes Laercio sólo tuvo que mantener la precisión terminológica y utilizar exclusivamente este concepto en epicúreos y estoicos, pues el desarrollo de su doctrina impedía la confusión. El resto de los transmisores e intérpretes no supieron hacerlo así.

13 Cfr. la Tesis Doctoral de Cl. Van Sijl, *Prolepsis according to Epicurus and the Stoa*, de la Universidad de Utrech en Diciembre de 2003. Hay un resumen en inglés.

14 Sobre el papel de Lucrecio en la doctrina epicúrea en este punto vid. Ramón román, *Lucrecio: razón filosófica contra superstición religiosa*, UNED-Córdoba 2002, pp. 64-66. Sobre la función de la ‘desviación’ de los átomos, el ‘clinamen’, y su reflejo en la construcción poética vid. S. González Escudero, «La creación de ‘tempestas’ en Lucrecio», en *Aula Abierta* n. 41-42, Oviedo, 1983, pp. 251-277.